

SECCION OFICIAL

DIA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA

Los Ilmos. Señores Obispos del Perú, teniendo en cuenta la necesidad de mantener la Universidad Católica con apoyo pecuniario y de que todos conozcan y alienten su labor, declararon en 1931, el último domingo de Setiembre como "Día de la Universidad Católica." Para celebrarlo dignamente en este año, las autoridades universitarias prepararon una serie de actuaciones que sirvieron, asimismo, para estrechar, aún más, la unión entre los diversos elementos del claustro. La primera de las actuaciones fué una misa oficiada a las 8 de la mañana en la iglesia de la Recoleta, a la cual asistieron maestros, alumnos—antiguos y actuales—y amigos de nuestra institución. Un buen grupo de ellos se acercó a la Mesa Eucarística.

A las 11 de la mañana tuvo lugar el partido de foot-ball entre los equipos de las facultades de Letras y Jurisprudencia, que ganó este último. El P. Rector, en acto solemne, entregó al capitán del equipo vencedor, la "Copa Universidad Católica". Por fin a la una se sirvió el almuerzo que trascurrió entre la alegría entusiasta de alumnos y catedráticos. A los postres, a pedido de los concurrentes, hablaron los doctores Belaunde, Riva Agüero, Arenas Loayza y el Padre Rector. Todos los oradores merecieron calurosos aplausos.

ASOCIACION DE AMIGOS DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

Presidida por el Señor Ministro de Instrucción Pública, doctor Alberto Ballón Landa, y con asistencia del Excmo. Señor Nuncio Apostólico, Monseñor Gaetano Cicognani; del Ilmo. y Rvdmo. Monseñor Fray Mariano Holguín, Obispo de Arequipa y Administrador Apostólico de la Arquidiócesis; del Señor doctor don Pablo S. Mimbela, Embajador del Perú cerca de la Santa Sede; de los miembros del Consejo Superior, catedráticos y alumnos de la Universidad; y

de numerosas personas especialmente invitadas, se reunió una asamblea el Día de la Universidad, en nuestra propia casa, para organizar la Asociación de Amigos de la Universidad Católica del Perú.

El Rector, P. Jorge Dintilhac, SS. CC., pronunció un corto discurso en el que manifestó que, después de bendecir a Dios por los favores recibidos por la Universidad, se complacía en rendir un testimonio público de su gratitud a todos los bienhechores presentes y ausentes, y, muy especialmente, a los miembros de la Asociación, quienes con sus oraciones y su óbolo han cooperado tan eficazmente en su sostenimiento; que entre sus amigos y bienhechores la Universidad se honraba en proclamar como el primero de todos y el más adicto a Su Santidad el Papa Pío XI que sigue con profundo interés el desarrollo de nuestra institución y quien, últimamente, acaba de dar una nueva prueba de su afecto paternal al concedernos graciosamente el uso del inmueble que antes ocupara la Nunciatura Apostólica en Lima.

Os será grato—dijo—oir la lectura de la comunicación oficial que nos ha remitido el Excmo. Señor Nuncio Apostólico con relación a tan feliz evento. Dice así:

Lima, 21 de Setiembre de 1932.

Rvdmo. Padre Jorge Dintilhac,

Rector de la Universidad Católica.

Lima.

Revdmo. Padre Rector:

Me es grato comunicarle que el Santo Padre deseoso, en Su paternal afecto, de dar una prueba más de Su particular estimación hacia la Universidad Católica del Perú, se ha dignado acoger con benevolencia la solicitud que Ud. Le remitió en nombre suyo, así como en el de los Señores Profesores de ese Instituto Superior de Estudios; y, según telegrama que me fué enviado por el Emmo. Señor Cardenal Piacelli, Secretario de Estado, ha dispuesto que el uso de la antigua sede de la Nunciatura Apostólica—situada en la Calle Botica de San Pedro—pase a esa Universidad, a fin de que pueda ensanchar e intensificar para bien de la Patria y gloria de la Iglesia, la esfera de sus actividades.

Al poner en conocimiento de Ud., Revdmo. Señor Rector, las augustas disposiciones del Santo Padre, aprovecho la oportunidad para reiterarme con con sentimientos de particular aprecio.

De U. a. s. s.

—|— Gaetano Cicognani,
Nuncio Apostólico.

Terminados los aplausos con que la concurrencia subrayó las últimas palabras de la lectura, el Rector continuó: Asimismo, la Universidad Católica expresa su más sincero agradecimiento a los Reverendísimos e Ilustrísimos Señores Obispos de la República por los decretos ordenando que se realice hoy en todas las iglesias de sus respectivas diócesis, una colecta en favor de nuestra Universidad.

Por lo que hace a la Asociación de Amigos de la Universidad debo declarar que apesar de los varios años que tiene de existencia son pocos todavía sus miembros, quienes viven, además, dispersos y sin conexión con la Universidad, cuya vida y desarrollo están íntimamente ligados a la prosperidad de aquella. Esto nos ha determinado a intensificar su acción y a extenderla en toda la República, mediante la creación de un Comité que asuma la dirección de la Asociación. Con tal objeto el Rectorado reunió el domingo pasado (18 de setiembre) a un grupo de caballeros distinguidos por su celo por la Religión y vinculados, además, con los círculos sociales no sólo de la capital, sino también de los diferentes departamentos del país. Los caballeros que se han dignado prestarnos su valiosa cooperación son:

Doctor don Ildefonso E. Ballón.
Doctor don Benjamín Burga.
Monseñor Belisario A. Phillips.
Doctor José de la Riva Agüero y Osma.
Doctor don Félix Cosío.
Ingeniero don Luis Ruiloba Muñiz.
Ingeniero don Alberto Alvarez Calderón.
R. P. Domingo Latorre, SS. CC.
Señor don Alejandro Correa y Veyán.
Doctor don Carlos Rodríguez Pastor.
Ingeniero don Juan N. Portocarrero.
Señor don Miguel Soto Giraldez.

Con ellos se ha constituido un Comité Directivo, debiendo desempeñar el cargo de Secretario General el doctor don Carlos Rodríguez Pastor y el de Tesorero el Ingo. don Juan N. Portocarrero. Ahora bien, para que pueda dicho Comité empezar cuanto antes sus labores, me permito someter a vuestra aprobación la designación de sus miembros, cuya relación acabo de leer, así como para los cargos que

he indicado. (La concurrencia ratificó con prolongados aplausos la designación del nuevo Comité).

En vista de la ratificación que la asamblea acaba de dar, queda definitivamente constituido el Comité directivo de la Asociación de Amigos de la Universidad Católica.

Cuando hubo terminado el Rector, en nombre de los miembros del Comité, el doctor Rodríguez Pastor, su Secretario General, pronunció el siguiente discurso, con lo cual terminó el acto:

Señor Ministro de Instrucción,

Excmo. Monseñor Nuncio Apostólico,

Ílmo. y Revdmo. Sr. Administrador Apostólico,

Señores Catedráticos, amigos y alumnos de la Universidad Católica,

Señoras, señores:

"Nadie podrá tildar de prematuro el anhelo que tiene la Universidad Católica de extender el perímetro de sus actividades y de colocarse en un plano desde el cual pueda parangonarse con los más notables centros mundiales de cultura superior. De orígenes humildes, cual lo fueron siempre las empresas de más recios alientos y de más fecundos resultados, nuestra institución, como si llevase en sus entrañas la levadura de una expansividad incontenible, va desenvolviéndose paulatina pero seguramente, venciendo todos los obstáculos que han opuesto a su paso, la incomprensión y el escepticismo ambiente; la indolencia de los obligados a prestarle su apoyo en virtud de ineludibles imperativos de conciencia, y la campaña, ora solapada, ora franca, de quienes viendo en ella equivocadamente no una cooperadora en la labor común de la cultura, sino una rival, peligrosa quizá, en el usufructo de la dirección intelectual y ética del país, trataron de sofocarla en su misma cuna, enhiestando la bandera de un monopolio que guillotina en nombre de un liberalismo trasnochado, la libertad de enseñar y de aprender, que, por decir lo menos, es uno de los dogmas medulares e incontrovertibles de la democracia.

Sin embargo, la Universidad legalmente amparada por el artículo 46 de de la Constitución del Estado, que garantiza el libre ejercicio de todo oficio, industria o profesión no opuestas a la moral, a la salud o a la seguridad pública, y sostenida sobre todo, por el vigoroso apoyo interior que la prestaban, la tenacidad infatigable de sus ilustres fundadores, con el R. P. Jorge Dintilhac a la vanguardia, y la exhuberante pujanza de sus elevados ideales, logró imponerse y obtener la autorización que otorgaba fuerza legal a su funcionamiento.

A partir de este hecho, la Universidad entra a engarzarse como un nuevo eslabón, en la brillante e ininterrumpida cadena de instituciones docentes, fundadas durante el devenir de los siglos, por el impulso creador de la Iglesia Católica. Si algún organismo ejercita por antonomasia la función de enseñar, es la Iglesia, cuyos fundadores, los apóstoles, recibieron de Cristo la misión de recorrer el Universo enseñando a todas las gentes. Jamás la Iglesia se despojó de tal prerrogativa, aunque la subordinó siempre a las características y necesidades de los tiempos. El ardor pro-

selitista, el ansia propagadora del Evangelio, la inquietud polemizante que trata de preservar la fé, contra los peligros de los heresiarcas, determinan la creación de las primeras escuelas catequéticas, donde la enseñanza de los padres apostólicos y cuasi-apostólicos es ariete demoleedor en Alejandría, Cesárea, Antioquía y Edesa.

Con la urgencia de restaurar la obra destruida por las irrupciones bárbaras, la función docente de la Iglesia, cristaliza en la labor paciente y benedictina de reconstruir lo antiguo, reproduciendo el tesoro cultural antecedente, que tanto habría de contribuir al florecimiento científico posterior. Bajo esta inspiración crea Carlo Magno su celebérrima Escuela Palatina y dispone que, aparte de las escuelas que cada monasterio y abadía debían sostener, los curas de los pueblos abriesen sus escuelas parroquiales. La historia recuerda a las escuelas de Fulda, San Gall, Reichnau, Tours, Licja, Reims, Hersfeld, Salzburgo, Frisinga, Bobbio, Monte Cassino, Sevilla, Toledo y Santiago de Compostela, como los centros docentes más famosos de su época.

La preponderancia eclesiástica, lo que algunos han denominado el sentido trascendente, característico de la Edad Media, prevalece en la fundación de las universidades. Como brotes fecundos, vigorizados por la savia religiosa, surgen los estudios generales. Los centros universitarios más preclaros, como París, Bolonia, Padua, Salerno, Oxford, Salamanca, se desenvuelven bajo la dirección de la Iglesia.

Cuando en la edad moderna, la formación de los nuevos Estados subtrae a las universidades su modalidad predominantemente religiosa, aunque tiende a convertir las en instituciones oficiales, no las priva definitivamente de la influencia eclesiástica.

Así, por lo que a nosotros toca, la Universidad de San Marcos nace en los claustros del Rosario, y vive sus primeros años bajo la férula dominicana. Aun secularizada, una real cédula dispone en 1590 que un eclesiástico y un laico se alternen en el rectorado. Inspiración eclesiástica es, asimismo, la que determina la creación del colegio jesuita de San Pablo, y de la Universidad Pontificia de San Ildefonso, regida por los agustinos. Toda la enseñanza está en manos de los religiosos; los franciscanos en el colegio de Nuestra Señora de Guadalupe; los mercedarios en el de San Pedro Nolasco; los jesuitas en el de San Martín; los dominicos en el de Santo Tomás; los eclesiásticos seculares en el San Felipe y Santo Toribio.

Desencadenado el ciclón revolucionario contemporáneo, las universidades se transforman en instituciones del Estado. No sólo se ponen al margen de la influencia religiosa, y tratan de hacerle el vacío, actuando a modo de máquinas neumáticas, sino que llegan a convertirse en focos de incredulidad. Entonces, la Iglesia que siente horror al vacío intelectual, lejos de abandonar el campo, funda las Universidades Católicas libres, que son hoy índices de su estupenda y fecunda vitalidad y en cuyas aulas se persigue salvaguardar a la juventud de las asechanzas de la indiferencia especulativa y de la perversión práctica. La nuestra responde, así, a la ilustre tradición de centros culturales importantísimos, como los de Lovaina, Laval, Dublín, Poitiers, Lille, Angers, París, Lion, Tolosa, Washington, Friburgo, Milán, Santiago de Chile y Buenos Aires, por no citar sino aquellos cuya fama ha traspuesto ya las fronteras.

La institución docente a que pertenecemos no significa, pues, un esfuerzo es-

porádico, desarticulado del movimiento mundial que reclama el renacer del sentimiento religioso como única solución capaz de preservar a la sociedad contemporánea, de las lacerías que corroen no sólo la epidermis, sino aun la substancia de nuestra civilización, fáustica, hedonista y decadente.

Durante los tres lustros que lleva de fundada la Universidad Católica del Perú, consecuente con esta dirección, ha tratado al propio tiempo, inspirándose en los deseos del Pontífice reinante, de que sus estudios se distingan por la solidez y el esplendor. Por eso es que queremos que nuestras modestas aulas, sean verdaderos laboratorios intelectuales. Aquí el profesor enseña, orienta, guía, encausa y educa, no sólo con el instrumento de la palabra, cuya volante fugacidad le torna, al fin y al cabo, menguado e inexpresivo, sino sobre todo, con el ejemplo objetivo e irrefragable de la propia vida, cuando ésta se sincroniza en armónica ecuación con las doctrinas sustentadas en la cátedra. Aquí el alumno estudia, investiga, asimila, trabaja y coopera activamente en la obra de su perfeccionamiento síquico y de su preparación para el futuro, con la reconfortante convicción de que, sólo un trabajo tesonero, asiduo sistemático y disciplinado es capaz de forjar los auténticos valores del espíritu.

No nos hemos encastillado dentro de los muros de una sola doctrina ideológica. No hemos hecho de esta Universidad un círculo estrecho donde maestros y alumnos se sientan cohibidos bajo la presión de un dogmatismo irracional. Agitados por todas las corrientes del pensamiento, no deja de colocarse sobre el tapete, para su debido análisis, ninguno de los problemas fundamentales que acicatean hoy a la razón humana. Y es que hemos abierto las ventanas a todos los puntos del espacio. Nuestro horizonte científico no se halla circunscrito por los límites de una dirección exclusivista que, actuando como un lecho de Procrustes, torture la curiosidad y mate la investigación. No hay más frenos al ansia incontenible de la cultura, que aquellos que responden a la necesidad de mantener incontaminada nuestra ortodoxia y de respetar el obsequio, consciente, reflexivo y racional que debemos a nuestra fé, tesoro inapreciable que la Universidad trata de conservar incólume e inmarcesible.

Desenvolviéndose sobre el carril de estas direcciones, nuestra Universidad ha llegado a un punto de natural expansión. Es hora de que abandone este local prestado y se establezca en un edificio propio; de que se funden nuevas cátedras y se creen otras Facultades; de que adquiera bibliotecas, museos, gabinetes, laboratorios, mobiliario y demás servicios indispensables a todo centro auténtico de cultura superior. Como el escollo formidable contra el que choca el anhelo expansivo de la institución se encuentra en la falta de recursos, el señor Nuncio de Su Santidad ha sugerido la formación de una sociedad de "Amigos de la Universidad", cuyos miembros contribuyan en la medida de sus fuerzas, a su sostenimiento y dilatación. La simiente arrojada por el representante pontificio ha caído en tierra fértil. Esto explica la asamblea que estamos celebrando en el día de la Universidad Católica y que acaba de ratificar la propuesta hecha por el señor Rector, de la junta central de la Sociedad Amigos de la Universidad, en cuyo nombre tengo el honor de hablar.

La junta central organizará los medios de obtener la mayor cantidad de recursos; los recaudará y los entregará a la Universidad para que ésta los aplique de acuerdo con

la voluntad de los donantes y las exigencias del plan sistemático de desarrollo que la institución debe seguir en su desenvolvimiento. Pero no sólo tratará de prestarle el apoyo económico. La junta central se valdrá de todos los resortes posibles para cooperar a la evolución de la Universidad y al progreso de las obras establecidas en ella, efectuará una activa propaganda en su favor, dándole a conocer de palabra o por escrito, procurando aumentar la matrícula al máximo y defendiéndola en todos los órdenes y cuantas veces sea necesario.

Pensamos que, designando delegados de la junta central en los departamentos, provincias y distritos, una vigorosa corriente de opinión sacudirá al país de extremo a extremo, y le persuadirá de que la Universidad Católica constituye una institución de trascendencia nacional y de importancia indubitable para todos aquellos que queremos que nuestra Patria no se disuelva ni se disgregue, sino que se reconstituya y se salve.

No es ésta la vez primera en que hombres de buena voluntad y de arraigadas convicciones católicas se reúnen para la realización de iguales propósitos. Pero es sensible recordar que análogos esfuerzos, como el que hace más de diez años determinó la formación de comités pro-universidad católica en Arequipa y el Cuzco, malogrados por adversas circunstancias resultaron poco menos que estériles. Y es que nos falta el sentido de la continuidad. Nos acompaña la actitud para el esfuerzo inicial, pero carecemos de persistencia para continuarlo. Imaginamos que, lanzada una iniciativa, marchará por sí sola, y mantendrá el impulso primitivo en virtud de la inercia, como si no existiesen obstáculos que hay que eliminar y vallas que es preciso vencer, renovando constantemente el esfuerzo original.

Por lo demás, todos y cada uno de los que hoy empeñamos nuestra palabra de laborar sin desfallecimiento en bien de la Universidad Católica, como sus mejores y más fervorosos amigos, tenemos la fundada esperanza de que, los católicos de fortuna se convertirán en Mecenas de la Institución, y los que, por carecer de ella, sólo puedan cooperar modestamente, impregnarán su óbolo de aquella encendida y emocionada fe con que la viuda del Evangelio, depositara su paupérrima moneda en el gazofilacio del templo.

Ojalá que todos los católicos peruanos se decidiesen a imitar el gesto del convertido Papini que no sólo se satisface con ofrendar su corazón a Dios y su inteligencia a la verdad, sino que dona veinte mil liras a la Universidad del Sagrado Corazón de Jesús de Milán. Si, como reza el Evangelio hay mayor felicidad en dar que en recibir, pensemos que cuando se da para la Universidad Católica, se contribuye a una obra que tiene el aliento de Cristo, quien ha prometido devolver el ciento por uno".
